



UN TEJANO 100 POR 100

Por MICHAEL DAVIE



El difunto A. J. Lieblich observó una vez que los políticos de los Estados del Sur de Norteamérica viajan mal, como el maíz tierno. Cuando llegan a las ciudades del Norte, han madurado excesivamente y ofenden a los delicados paladares septentrionales.

Esto es lo que le ha sucedido al Presidente Johnson. En Washington, con sus filas de diplomáticos, funcionarios civiles y periodistas con formación universitaria, Johnson choca. Johnson araña. Maltrata a las personas. Emplea un vocabulario desagradable. Cuenta largas historias tejanas del tipo «Recuerdo que una vez mi prima Alicia...», con lo que aburre a todo el mundo. Su mujer sirve tarta helada de frambuesa y sopa de habichuelas, lo que es objeto de bromas.

Todavía ahora, después que Johnson ganó las elecciones por una mayoría sin precedentes, de conseguir en 18 meses la aprobación de más leyes interiores de importancia que cualquier otro Presidente desde los tiempos de Roosevelt, cuando ha comprometido a la presidencia más sólidamente en la causa de los negros de lo que Kennedy habría podido jamás e incluso tras estar llevando en Asia una peligrosísima guerra, Washington apenas puede creer que la persona que está en la presidencia sea verdaderamente el viejo Lyndon. Es el hombre más poderoso del mundo; sin embargo, para Washington es simplemente un provinciano.

El Presidente sabe lo que Washington piensa de él. Y el saberlo le amarga todavía más. Hace todo lo que puede. Intenta modificar su acento meridional. Reduce la expansividad de sus gestos. Pero es inútil, y él se da cuenta también de esto. «En esta ciudad —estalló recientemente— uno no es nadie si no cena una vez por semana con los Alphand». Los Alphand son el embajador de Francia y su esposa, y de nuevo el Presidente estaba denunciando su posición de extraño (1).

El Presidente atribuye el que se le rechace tan radicalmente al prejuicio regional. Cree que no le aprueban porque procede de Tejas. En contrapartida, opina de Washington, y, en general, de la gente de la Costa Este con **SIGUE**

(1) *Hervé Alphand ha sido nombrado secretario general del Ministerio de Asuntos Exteriores francés, por lo que ha tenido que abandonar la Embajada de Washington. (N. de la R.)*



Franklin D. Roosevelt fue, en los tiempos en que Lyndon B. Johnson llegó a Washington como senador y su carrera política comenzó a brillantarse, el héroe del que llegaría a ser 36.º Presidente de los Estados Unidos.



Entonces senador por el Estado de Tejas, L. B. J., charlando con el también senador entonces por el Estado de Massachusetts, John F. Kennedy, en Los Angeles, en julio de 1960, durante la campaña electoral conjunta.

trajes de tres botones, lo que los australianos opinan frecuentemente acerca de los ingleses: que son un hatajo de «snobs» redomados que miran a uno de arriba abajo al mismo tiempo que le quitan la cartera. La gente que gusta al Presidente es el pueblo. En la Casa Blanca, él y los tejanos que le rodean se sienten aislados del pueblo por tres grupos: por la prensa, de la que opinan que está engreida por un erróneo concepto de su propia importancia; por el Congreso, que representa al pueblo pero no es el pueblo; y por los «lobbyists», que cuidan de los intereses de grupos que están ya bien cuidados.

Tan a menudo como puede, por consiguiente, el Presidente vuelve a la tierra de la que vino: la pobre y árida zona montañosa del centro de Tejas. En Washington, duda si ha llegado arriba. En Tejas, a orillas del pequeño río Pedernales, sabe que ha llegado. Por todas partes donde mira ve la prueba: los carteles que dicen «Ciudad natal de Lyndon Johnson», las iniciales LBJ en la puerta de su rancho, la marca LBJ de su ganado, el lugar natal de LBJ, la casa donde LBJ pasó su niñez, la escuela de LBJ, las estaciones de televisión de LBJ, los otros ranchos de LBJ y el recientemente rebautizado lago de Lyndon B. Johnson. Todos los que son alguien en este distrito, incluyendo al gobernador, cenan con los Johnson. No hay Alphands en este lugar.

Aquí comienzan a emerger claves de la extraña y contradictoria personalidad del Presidente.

Es un producto de Tejas, pero no del Tejas que imaginan los europeos. No hay pozos de petróleo en esta parte del Estado, no hay llanuras abiertas, no hay botas de tacones altos adornadas con plata, no hay rubias de largas piernas comprando dijes de diamantes en el Nieman-Marcus, el legendario almacén tejano. Este país es tan sombrío como Dartmoor. La ciudad importante más próxima es Austin, que se sitúa tan sólo en el lugar 77.º, en orden de población, entre las ciudades norteamericanas y no es ninguna metrópoli en sí misma. Para llegar a la tierra de Johnson hay que marchar a lo largo de una ancha autopista durante 90 kilómetros. Después de Austin, la carretera pronto empieza a subir las irregulares y bajas colinas salpicadas con árboles atrofiados, retorcidos y descarnados. La superficie del terreno es pobre y pedregosa. Hay pocos animales y menos personas. El horizonte es vasto e interminable y el sol cae ardiente desde un cielo enorme. Hay cuevas llenas de murciélagos. Hay buitres y malignas serpientes de cascabel de lomo diamantino. La región está sometida a sequías e inundaciones. Es una de las partes más duras de los Estados Unidos. «Es un país inflexible —observó la señora Lady Bird Johnson en cierta ocasión— y Lyndon es también inflexible».

Casi existen aún los que recuerdan cuando aquí estaba la frontera de los Estados Unidos. No hace mucho más de cien años que los indios eran los dueños indiscutibles de esta tierra, aunque ellos eran demasiado delicados para vivir aquí, por lo que la reservaban como terreno de caza de ciervos y pavos silvestres. Fueron expulsados por el hombre blanco después de una serie de largas y sangrientas batallas que duraron, intermitentemente, 40 años. Todavía en 1869, la abuela de Johnson se escondió en el sótano de una cabaña de troncos, amordazando a su hijo con un pañal, mientras los indios comanches destrozaban sus regalos de bodas en la superficie y cortaban la cabellera a dos vecinos.

Los antepasados de Johnson contribuyeron a crear la historia de Tejas. Cabalgaron contra los indios, lucharon contra Méjico en la guerra de la independencia tejana. Por la época en que Johnson nació, en 1908, había una sólida red de la familia Johnson en la política del Estado, y la

UN TEJANO 100 POR 100

familia había dado su nombre a la pequeña localidad de Johnson City. Aun así, Lyndon creció en la pobreza. Su padre era un hábil político pero un agricultor menos hábil, e imprudentemente invirtió los bienes de la familia en el cultivo de algodón. El lugar donde Johnson nació no es mucho mayor que un garaje para tres coches.

Salió del instituto de segunda enseñanza a los quince años. Se encaminó hacia California en plan de vagabundo, volvió arruinado a su casa y aceptó un empleo en una brigada de construcción de carreteras. Luego su madre le convenció para que volviera a los estudios en la Escuela Estatal de Magisterio del Sudoeste de Tejas, y parece que allí se dio cuenta de sus facultades. Obtuvo el título a los 22 años, y pasó dos enseñando oratoria pública y el arte de debatir en una institución de segunda enseñanza en Houston. Luego obtuvo el empleo que le llevó por primera vez a Washington: secretario del diputado Kleberg, uno de la famosa familia procedente del colosal Tejas King Ranch.

Todavía puede captarse un fuerte aroma de aquellos tempranos días de Johnson cuando se visita lo que se conoce reverentemente en Johnson City como «El hogar de la niñez», donde los Johnson se trasladaron cuando Lyndon tenía cinco años. Es una casita decente, de un solo piso, hecha de madera pintada de blanco, con un áspero césped de hierba rastrera y un depósito de agua elevado en el jardín. Es ya un santuario, a la manera norteamericana.

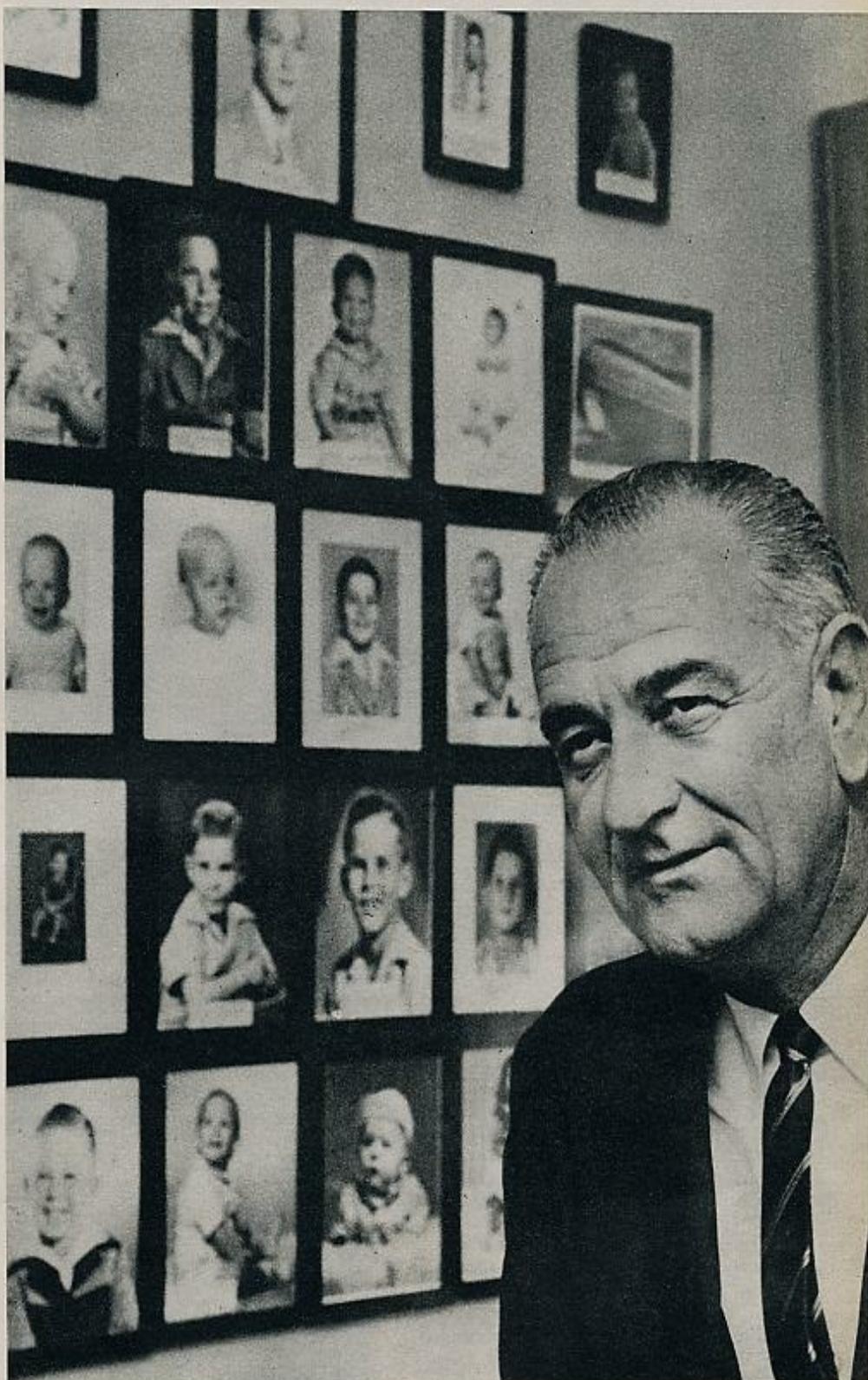
En esta casa se percibe sobre todo la presencia de la madre de Johnson. Se llamaba Rebekah y procedía de una familia baptista educada. Su abuelo fue presidente de una Universidad baptista, su padre participó en la política tejana y dirigió un diario. Su mobiliario está todavía tal como ella lo puso. Modestas sillas victorianas tapizadas con felpa escarlata, unas cuantas preciadas piezas de china, una pequeña cómoda con un espejo elaboradamente enmarcado y —su más valioso bien— una araña de cristal de Bristol con colgantes de color malva y un molino pintado en el borde.

Rebekah murió en 1958. Según todos los informes, era una mujer profundamente religiosa de gran fuerza y dulzura de carácter. La influencia que ejerció sobre su hijo puede deducirse de la carta que le escribió en 1937 después que él, ante la insistencia de su madre, se presentó para el Congreso y salió triunfante:

«Mi querido niño: Además de "enhorabuena, diputado", ¿qué puedo decir a mi querido hijo en esta hora de triunfo? En ésta, como en todas las muchas cartas que te he escrito, hay siempre el mismo tema: te quiero, creo en ti y espero grandes cosas de ti.

»Para mí, tu elección no sólo satisface mi orgullo maternal por tener un hijo espléndido y cumplido y me encanta imaginarme la alegría que debes sentir por tu éxito, sino que, en gran medida, compensa la aflicción y desencanto que sentí siendo niña cuando mi querido padre perdió la carrera que tú acabas de ganar. Mi confianza en el buen juicio de la gente quedó entonces tristemente trastornada al ser elegido otro hombre. Hoy mi fe queda restaurada. ¡Qué feliz habría hecho a mi querido y noble padre saber que el primogénito de su primogénita conquistaría la posición que a él le fue negada. Me hace muy feliz el que continúes los ideales y principios acariciados por aquel hombre grande y bueno. Te di su nombre. Te exhorté a que siguieses su ejemplo. Has justificado siempre mis deseos, mis esperanzas, mis sueños. No puedes saber cuánto te quiero, mi querido niño, mi abnegado hijo, mi fuerza y mi consuelo.

»Ten cuidado, querido. Escribeme. Recuerda



Aquí aparece Johnson junto a la colección de fotografías de tocayos suyos que le son enviadas por los padres de los mismos desde todos los Estados del país y algunas le llegan desde los más remotos países del mundo.

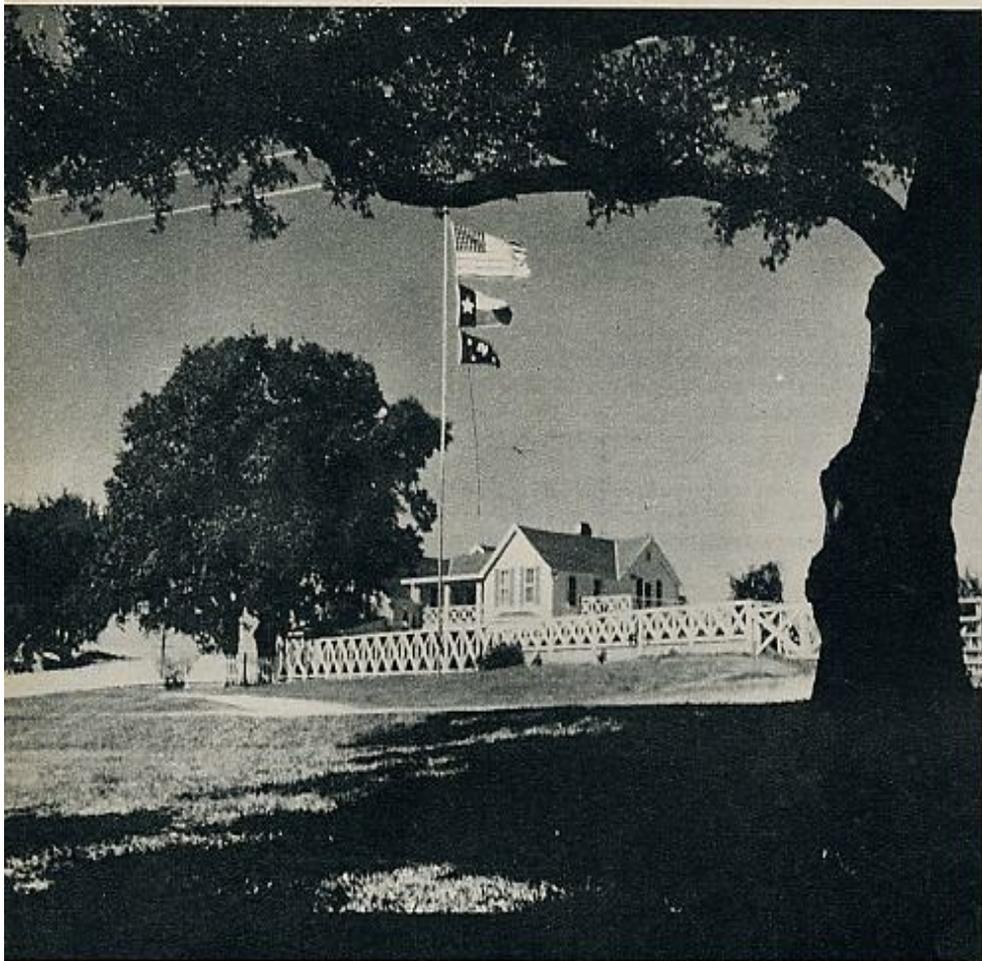
siempre que te quiero y que estoy a tu lado en todo lo que te pueda suceder. Da un beso a mis queridos niños en Washington de mi parte.

»Con todo mi amor, tu madre».

El Presidente de hoy recuerda todavía al joven delgado y entusiasta de los últimos años 30. Llegó a Washington con el sentimiento de ser un extraño. Sentía que su región de Tejas había sufrido un duro trato. Estaba resentido —como lo

estaban los amigos de su padre— por la forma en que las dificultades naturales de la vida de los agricultores eran incrementadas por los altos intereses de los banqueros orientales y por las altas tarifas de carga de las compañías ferroviarias orientales. Consideraba entonces, como sigue considerando hoy, que el poder del Gobierno federal es un instrumento de mejora social.

Se dedicó a la política cuando, por **SIGUE**



Este es el famoso rancho de Lyndon B. Johnson, en su Tejas natal; la Tejas pobre y seca, donde el agua vale más cara que el petróleo. Pero allí también se hace dinero y L. B. J. posee una gran fortuna en dólares.

primera vez en generaciones, el camino del poder condujo a Washington, no a la acumulación del dinero. El «New Deal» fue lanzado, en una Norteamérica deprimida y desesperadamente angustiada, poco después de llegar el joven Johnson a la capital. Enganchó firmemente su carro al destino de Roosevelt.

Su lealtad fue premiada. La primera vez que entró en la Casa Blanca, en 1937, fue para convencer al Presidente Roosevelt que autorizase préstamos federales para conseguir la construcción de embalses y la conducción de electricidad a la tierra de Johnson. Poco después apareció un letrero a la entrada de Johnson City que decía: «La ciudad más electrificada del Oeste». El día en que la electricidad llegó al condado de Blanco es todavía, afirma, el día más glorioso de su vida. Los ingresos de la región dieron un salto casi de la noche a la mañana y Johnson adquirió un rango local de tipo patriarcal que nunca ha perdido. Como observaba un anciano negro en Austin recientemente, «este lugar ha dado ciertamente un salto adelante importantísimo desde que Lyndon se fue a Washington».

Por tanto no es sorprendente que si Johnson cree en algo es en un Gobierno eficaz. Sus increíbles campañas electorales, cuando convoca al pueblo para «venir y oír lo que se dice» y comienza a perorar acerca de cómo hacer de Norteamérica una tierra mejor y de su ambición de ser el «Presidente de todo el pueblo», sumergiéndose en seguida entre la multitud para emerger triunfante, con sus manos y muñecas rojas a fuerza de estrechar manos, todo esto parece estar relacionado con un deseo de reproducir a escala nacional lo que ha logrado en su sucia y pobre región de Tejas.

Entre el entusiasta joven que en Washington se sentaba en un restaurante y preguntaba tantas cosas que se olvidaba de comer y el astuto Presidente actual, que sorprende a los observadores todos los días por la variedad y propósitos de su actuación (a la muerte de Stevenson pronunció un elogio fúnebre que Kennedy, Eisenhower o Truman difícilmente hubieran podido superar), se extiende el período en que Johnson se convirtió en dueño del Congreso. Parece que fue este proceso el que infligió en su carácter la mayoría de las cicatrices que tan claramente acusa.

Perdió sus ilusiones. Los ideales que había aprendido de su madre desaparecieron. Todo tuvo que sacrificarlo para conseguir el dominio de la maquinaria parlamentaria. Para llegar a senador —cosa que logró en 1948— era necesario ampliar su base política en Tejas y esta necesidad le obligó a ponerse en contacto con el turbio mundo de los magnates del petróleo, que constituye uno de los centros más corrompidos de los Estados Unidos.

En el Senado, Johnson se convirtió en un hombre de acción, partidario de la acción, del Gobierno, de aprobar leyes. En opinión de uno de sus amigos, Johnson decidió deliberadamente en ciertas ocasiones que no se podía ser al mismo tiempo jefe legislativo y sostenedor de principios. En el Congreso, la clave del éxito consiste generalmente en lograr de una especial manera que un pequeño grupo vote lo que se pretende. Los principios harían imposible esta táctica. Johnson escogió su camino a seguir y estableció un aparato de votación de una eficacia tanto más directa cuanto alejada de prejuicios. Este aparato ha fun-

cionado de modo admirable en la cuestión de los derechos civiles de los negros.

Durante la época de Eisenhower, como dirigente del Senado, se convirtió en el segundo hombre del país en cuanto a poder. Pero, incluso siendo así, Johnson sabía que no podría llegar jamás a Presidente. En 1960, Kennedy pensaba que él mismo era el candidato presidencial mejor calificado del país «excepto Lyndon, pero éste no tiene ninguna posibilidad». Johnson carecía de posibilidades porque procedía del Sur, y un meridional, en los tiempos modernos, no ha podido llegar a ser nunca Presidente. El mismo Lyndon lo reconocía así amargamente. Todavía piensa que el prejuicio regional fue, en las elecciones de 1960, más importante que el fanatismo religioso. El primero le cerró a él el paso; en tanto el segundo, no fue capaz de cerrárselo a Kennedy.

Según el recientemente publicado trabajo de Schlesinger, Kennedy, cuando llegó la hora, le hizo a Johnson sólo una oferta de tanteo en cuanto a la vicepresidencia, pero éste «se aferró a ella». Es posible que así fuera, pero resultaría sorprendente que la oferta no hubiese sido hecha sinceramente. Después de todo, fue un acto de sensatez por parte de Kennedy, el cual respetaba a Johnson y suponía que éste ayudaría a la candidatura en el Sur más de lo que la perjudicaría en el Norte. El cálculo fue correcto: sin Johnson, Kennedy habría sido derrotado. Lo que es cierto es que Johnson quedó sorprendido cuando le ofrecieron el cargo y Kennedy se sorprendió al ver que lo aceptaba.

Aun ahora, los motivos de Johnson no están claros, porque él debió pensar que estaba renunciando a su rango casi real como jefe del Senado por el papel mucho menos importante de vicepresidente. Un viejo amigo dijo no hace mucho tiempo que los motivos de Johnson fueron tan complicados que ni siquiera comenzaría a describirlos, pero el cansancio de su puesto representó un papel, y también lo hizo el deseo de Johnson de ser una figura nacional, tan distinta de una figura sudista y senatorial.

Debió haber muchas ocasiones en que Johnson lamentaría su decisión. El mismo Kennedy trató bien a Johnson: la cautela inicial de ambos se convirtió en respeto mutuo, y Kennedy insistió en que Johnson fuese informado de todo lo que se hacía. Pero Johnson debió sentirse dolorido por la devoción que tan fácilmente suscitaba Kennedy; debió quedar profundamente herido por la manera en que el clan Kennedy y los kennedistas de la Casa Blanca le trataban, como un residuo de los malos días pre-kennedyanos (Bobby Kennedy apenas invitó a Johnson a su casa una sola vez durante todo el período presidencial de Kennedy), y debió sentir amargura por tener que esperar sentado, sin que le consultasen apenas y sabiendo que él podía hacerlo mejor, mientras Kennedy se metía en un callejón sin salida legislativo en su pugna con el Congreso.

«¿Qué ha sido de L. B. J.?, preguntaba una revista. Deslumbrada por el Presidente Kennedy, la nación, sencillamente, se olvidó del vicepresidente Johnson.

Y la nación continuó olvidada de él hasta las 12,30 del viernes 22 de noviembre de 1963, en Dallas.

M. D.

(Copyright by "The Observer"—*OPERA MUNDI*.—Derechos para España, Agencia FIEL, en exclusiva para TRIUNFO.)

**PROXIMO CAPITULO:
NI UN CRUZADO NI UN IDEALISTA**



Lyndon B. Johnson en compañía de su esposa a la puerta de la cerca de su rancho tejano. Abajo, L. B. J. recorriendo «sus territorios» en Tejas.

